

mundo acuden discipulos à su soledad.

Es verdad, que antes de Antonio, la piedad, y la Religion havian ya formado Solitarios; pero ningun Solitario, antes de Antonio, se havia resuelto à buscar un Maestro en la soledad, y à vivir en ella sujeto à las leyes de la emulacion, exercitandose en la practica de la perfeccion Evangelica: Antonio es el primero, baxo cuya direccion se consagra en el desierto un Pueblo entero, y un Pueblo Santo: alli, baxo su conducta, reyna la justicia, cuya imagen representa él mismo, y la paz de la que él es el Angel: ¡Oh, Heroes de la pobreza! oid à Antonio que la predica; milagros de humildad, reparad en Antonio, que la inspira: Martyres de la penitencia, ved à Antonio que es quien la dirige, pues aunque hizo los mayores esfuerzos por no tener mas testigos de sus virtudes que el Cielo, no pudo este nuevo Moyès, à quien siguió al desierto un innumerable Pueblo, excusarse de gobernar à aquellos fieles proselytos.

Antonio se oculta, y le buscan; Antonio los prueba con rigores, y le aman: Antonio huye de ser su Gefe, y ellos se declaran sus discipulos: Antonio se niega à prescribirlos leyes, y ellos consultan sus exemplos, como à una viva ley: ¡Oh, Egypto, y quàn envidiable es tu resplandor, y tu gloria! Tus desiertos están poblados; tus peñascos se hallan convertidos en Santos asilos, y son honrados con las virtudes de los innumerales habitantes, con que te enriquece la fama de Antonio, y que dan nuevo lustre à esta misma fama.

Movido Hilarion de la fama de Antonio, vá à apren-

aprender en su Escuela; Hilarion vencedor del Paganismo, conocido por su profunda erudicion, y mucho mas por la pureza de sus costumbres; llega à sus oídos el nombre de San Antonio, dice San Geronymo: (*Hieron. in vita S. Hilar.*) las maravillas que pública la fama, hacen que nazca en su corazon deseo de ver à este hombre, prodigio de su siglo; vuela al desierto de Antonio: celoso observador de su conducta, estudia sus costumbres, recoge sus oraculos, y se apropia su espiritu: aunque admira las victorias, que consigue Antonio, todo su cuidado lo pone en imitar sus virtudes: muy presto le veremos sacrificar su patrimonio, ocultarse en la soledad, y juntar en ella discipulos; le veremos célebre por su gobierno, y por sus milagros, y digno de tener à un San Geronymo por su Panegyrista: hallandose ya en lo sumo de la perfeccion, le oiremos publicar humildemente, que si llegó à conocer el inestimable valor de la soledad, lo debió à las instrucciones de San Antonio: que Antonio fue su director, y que siempre llorará su muerte, por haver perdido en él un buen padre.

Todos los que vivian baxo la obediencia de Antonio, hallaban en él un director, y un padre: eran tantos sus discipulos, que dice Sozomeno, (*Sozomen. lib. 1. cap. 17.*) que no podia fixarse su numero: poblaban éstos el Egypto, la Lybia, la Palestina, y la Syria: *Innumerabiles sui instituti imitatores.* (*Brev. Rom. 17. Jan. lect. 6.*)

A todas partes se extiende la fama de Antonio, y en todas halla tantos Panegyristas como hombres: no hay edad, ni sexo, dice San Athanasio, que no
Tom. I. K. aban-

abandone las Ciudades, para ir à admirar en Antonio la viva imagen de la virtud: la serenidad del rostro, la magestad del paso, las palabras amorosas, y aun su mismo silencio, son las señas por donde es conocido el hombre de Dios entre todo sus discipulos: el hombre de Dios es el nombre propio de Antonio: este es el nombre que le merecieron sus virtudes, y que le conserva su fama: *Homo Dei.* (*Athan. in vita S. Ant.*) El hombre de Dios se llamaba en el retiro, y el hombre de Dios se llama en la Iglesia: ¿qué ideas tan sublimes subministra este solo nombre? Los Estrangeros van à unirse con sus discipulos; todo el universo se pone de acuerdo con Egipto, para reconocer en Antonio al hombre de Dios, así como en otro tiempo el Pueblo escogido hizo reconocer à Moyses por Dios de Pharaon: *Homo Dei.*

Llegó à tanto la fama de su santidad, que casi se olvidaron todos del nombre de Antonio, apellidandole siempre el grande: *Magnus ille.* (*Hieron. ubi sup.*) Es verdad, que la adulacion suele ser prodiga en conceder este nombre, pero la equidad nunca le concede, sino al que le tiene muy merecido: acaso no ha havido Santo hasta ahora, que durante su vida le haya conseguido tan universalmente de todos los Pueblos, y de todas las Naciones como San Antonio: *Magnus ille.* Antonio, el Grande, ¿podia el mundo explicar mejor, que por medio de este nombre, su agradecimiento, y su respeto à sus virtudes?

¿Pero cómo no havia de aplaudir la tierra las virtudes de un Santo, quando las autorizaba el Cielo.

con.

con los mas extraordinarios prodigios? San Athanasio, y San Geronymo representan à Antonio como el Thaumaturgo de su siglo; como un Elías que convierte su soledad en theatro de su poder; como un Josue, cuyas ordenes recibe con humildad la naturaleza, y las pone en execucion; como un Eliseo, à cuya voz se abre, y se cierra el Cielo, y la tierra reparte, ò detiene sus producciones; como un Isaías, à cuya vista desaparecen los contagios, las enfermedades, y la muerte: prodigo en sus gracias, si es licito decirlo así, lanza los Demonios, encadena los Elementos, y anuncia las cosas futuras: Profetiza la condenacion de Arrio, quando todavia no existia el Arrianismo: anuncia la paz de la Iglesia, quando ésta se hallaba en medio de sus mayores inquietudes: al mismo tiempo que la Religion está padeciendo las mas crueles persecuciones, declara su propagacion, sus triunfos, y su perpetuidad: las virtudes, y los milagros de Antonio hicieron, que su fama volase hasta Alexandria, Constantinopla, y Roma.

Athanasio, una de las mas firmes columnas de la verdad, llama à Antonio à Alexandria en socorro de la Iglesia: fia su defensa mas à las virtudes de Antonio, que à sus propios talentos. Acude Antonio precedido de su fama; salen à recibirle el Clero, la Nobleza, los Magistrados, y el Pueblo: en Alexandria tenia el Paganismo sus Sectarios, la impiedad Manichea, estimacion, el Scisma de Melecio, Apologistas, y el Arrianismo muchos protectores: Antonio era contrario à todas estas Sectas. Havia impugnado à los adoradores de los Idolos; havia prohibido

K 2

à

à sus discipulos todo genero de comercio con los de Manés; havia escrito à los Principes contra los Melecianos: y ahora vá à confundir à los sequaces de Arrio, y à vengarse de los errores, que éstos le imputaban: en medio de tan diversas facciones se presenta Antonio, y todos le respetan: hasta sus mismos enemigos se esmeran en honrarle, al mismo tiempo que él vá à confundirlos.

¿Quién ignora, que el Grande Constantino escribe desde Constantinopla al mas humilde de todos los Solitarios, recomendandole sus hijos, y su Imperio? ¿Quién no sabe, que los hijos de este Principe imitan el piadoso exemplo de su padre, consultan à Antonio en todas sus dudas, y juzgan, que han de aprehender mejor el arte de reynar con los consejos de un Santo, que con los de la Política? Tambien merece atencion, el que en este tiempo se hallaba Constantino ocupado en los mayores cuidados, teniendo à un mismo tiempo muchos enemigos con quienes pelear, muchos idólatras que reducir à la verdadera Religion, y muchos Hereges que contener; tenia que concluir un Concilio, gobernar un Imperio, educar à sus hijos, todavia juvenes, dilatar el Christianismo, y proteger la Iglesia, y con todo eso suspende todas sus ocupaciones, por dar testimonio à la verdad. ¿Cuál de estos dos Heroes os parece en este caso mas digno de admiracion, Catolicos? ¿ò Constantino, que llevado de su Religion, honra à Antonio con sus cartas, ò Antonio, que recibe las cartas de Constantino con una santa indiferencia, y que apenas cuida de responder à unas señales de tanta distincion? Antonio escri-

crive; ¿pero qué es lo que pide à los Soberanos de la tierra? ¿solicita acaso su proteccion? no por cierto; les dá el parabien de que profesan la Religion de Jesu-Christo: los advierte que son hombres, y que tienen à Dios por Juez; los exhorta à la justicia, à la clemencia, y à la caridad, y estos mismos Principes reciben las instrucciones de Antonio como favores, y se aprovechan de ellas.

Finalmente, la fama de Antonio se establece hasta en la misma Ciudad de Roma: Roma se gloria de la sumision de Antonio à sus Soberanos Pontifices; de su union con los Obispos Ortodoxos, y de su constante respeto à todos los Ministros de Jesu-Christo, Roma, en donde reside el Juez de las virtudes en la tierra, expone à la vista de este Juez, tan severo como incorruptible, el retrato de Antonio, y cinco Papas consecutivos, se glorían de poseer este tesoro.

La fama de Antonio empieza, pues, Señores, en el tiempo de su vida; ¿pero os parece que se sepultará con él en el sepulcro? no por cierto, porque esta misma fama, que empezó en su vida, se aumenta en su muerte.

Con la muerte se acaba el vano espectáculo de una fama fundada en falsas virtudes, que supo engañar la credulidad del mundo, y usurpar su admiracion, sin merecerla: el que debe su fama à la ilusion de los hombres, solamente la conserva mientras que con su artificiosa hipocresía consigue engañar su vista; es semejante à aquellos Metheoros, cuya luz brilla, hiere, se disipa, se apaga, y se convierte en tinieblas.

Seria en vano que Antonio en el discurso de su vida mortal se huviese adquirido el nombre de grande, y de santo, porque en el instante de su muerte se huviera desvanecido esta fantasma de gloria, si estuviera fundada solamente en la opinion arbitraria de los hombres: pero no, Catolicos, este critico momento pone el sello à su reputacion.

Ya estoy tocando el instante en que van à juntarse mis cenizas con las de mis Padres, decia Antonio, instruido por divina revelacion del tiempo de su muerte: *Patrum gradior viam.* (*Athan. in vit. S. Anton. cap. 20.*) ¡Ah, Catholicos! exclama San Athanasio; venid à contemplar à Antonio en el lecho de la muerte. En sus combates, y victorias solamente podemos admirarle, pues no puede lisonjearse la mas noble emulacion de serle semejante; pero quando está para espirar, dá un exemplo que puede ser imitado de todos los Christianos: la naturaleza, ya debilitada, decia à sus Discipulos, está pidiendo, que yo pague el tributo à la muerte: *Cogit conditio naturæ*, acordaos de mis consejos, *mementote*, huid del sutil veneno que por todas partes derraman los Sectarios del scisma, y de la heresia: *Schismaticorum, & Hereticorum venena vitate*: si amais mi memoria, no permitais que los despojos de mi mortalidad sean llevados à Egypto: sepultadlos en el seno de la tierra, y nadie mas que vosotros sepa el lugar en que se guardan: ya iba Antonio à exhalar sus ultimos suspiros, pero pedia su gloria que antes de espirar dispusiese de sus vestidos, conforme à su virtud: y así, mandó parte de ellos à San Athanasio, y parte à Serapion, dexando pa-

para sus discipulos su cilicio: ¡qué legatarios, Catholicos, y qué dones! Recogido, pues, Antonio dentro de sí mismo, espera le muerte sin miedo, y la recibe con gusto.

Paso en silencio, Señores, que este golpe interesa igualmente los Soberanos Pontifices, los Monarcas, los Obispos, la Iglesia, y à todo el universo; pero no puedo menos de deciros, que la pérdida de Antonio fue tan sensible para Egypto, que la cuenta aquella desgraciada Region por la epoca de una de sus mayores esterilidades: esta esterilidad dió motivo à que creyesen los Pueblos que hasta los elementos havian llorado la muerte de Antonio: *dicitur Antonii mortem etiam elementa lugere.* (*Hieron. in vit. Hilar. epist. 2. lib. 3*) oíd tambien como se explica el feliz poseedor del palio con que se cubria el Santo Solitario: el que por orden de Antonio ha merecido recoger parte de sus vestidos, juzga hallarle entre estos preciosos dones; le parece que le vé, y le abraza: *Antonium in Antonii muneribus amplectitur.* (*Athan. in vit. cap. 21.*)

¿Qué nueva fama no se siguió à la muerte de Antonio? apenas voló su alma al Cielo, quando su reputacion le dá imitadores hasta en aquellas Provincias en donde se ignoraban las particulares circunstancias de su vida: los Solitarios, que habitaban en países remotos, desean saber quién fue Antonio, cuyo nombre, y fama ha penetrado las tinieblas de su soledad: suplican al hombre que mas en estado se hallaba de satisfacer à sus deseos, y le piden humildemente, que escriba la historia fiel de lo que él mismo havia visto, y que solo él podia dignamente referir.

Me.

Me parece que no hay necesidad de que yo nombre à este hombre incomparable, que se encarga de derivar à la posteridad las inmortales acciones de San Antonio; bien conoceis, Señores, à este Heroe de la verdad, à quien San Gregorio Nacianzeno caracteriza con la imagen de todas las virtudes, cuya vida, dice, quisiera él escribir, como él mismo escribió la de San Antonio. (*Nacian. Paneg. Alban. Mag.*) Este hombre cuya alma noble, y sublime pinta como capáz no solamente de ser colocada en el Trono Patriarcal de Alexandria, sino tambien de gobernar toda la tierra. Este hombre à quien el mismo Jesu-Christo encargó con especialidad la defensa de sus intereses, y de su divinidad: Orador expresivo, Historiador fiel, Controvertista sutil, Theologo profundo, y Oraculo del Concilio Nizeno, en donde se tributaron à su talento los honores, que todavia no correspondian à su dignidad: Este intrepido defensor de la Trinidad, à quien no podia mirar Arrio sin estremecerse, à quien Constantino condenó engañado, y despues le bolverió à llamar, llenandole de respetos: mas grandé en su destierro, que en medio de sus felicidades; nunca mas digno del Obispado, que quando es privado de él, por un decreto indigno; que al bolver à su Iglesia, le mira ésta como à su mayor consuelo, el Pueblo como à su mas grande felicidad, y el error como el mas terrible golpe que puede sufrir; este hombre, que à la frente de los Obispos Catolicos, y en medio de las columnas que amenazaban ruina, se manifiesta como una roca innaccesible, igualmente superior à la envidia, que à las alaban-

zas; Profeta, Apostol, Martyr, Padre, y Doctor, arbitro del universo por su ciencia, y asombro de la misma virtud por sus costumbres: el grande Athanasio.

Athanasio era el mas a proposito para dar à conocer à Antonio, por ser él quien mas intimamente le havia conocido: fue su admirador, su amigo, y en algun modo su discipulo: solo faltaba à la reputacion de Antonio, tener à un San Athanasio por historiador de su vida: Athanasio la escribe, manifiestase la Obra, y todo el universo la recibe, la lee, y se aprovecha de ella: todos los siglos respetarán en la vida de San Antonio, escrita por San Athanasio, uno de los mas preciosos monumentos de la Historia Ecclesiastica. (*Baillet 17. de Enero.*)

Antes de que San Athanasio escribiese esta vida, ya havia havido algunas manos fieles, que cuidaron de recoger las Cartas de San Antonio. Cartas en que el Solitario vé sus obligaciones, el mundo su ilusion, y el Christiano sus esperanzas: en ellas, dice San Geronimo, se advierte el estilo, el gusto, y la piedad de los Apostoles: Cartas, que han merecido que el mismo San Geronimo contase por ellas à San Antonio en el numero de los Escritores Ecclesiasticos; y que aun hoy son un tesoro en que se admira el espiritu de San Antonio, pintado por su propia mano.

Pero por grande impresion que hiciesen en los corazones de los fieles las Cartas de San Antonio, aun era mayor la que hacia la noticia de sus costumbres. Esta noticia, dice San Athanasio, confirmará, no solamente lo que la fama ha publicado

de Antonio, sino que será una instruccion muy util para las costumbres: ¿os parece, Señores, que se engañó San Athanasio en este prognostico? No por cierto, porque la vida de Antonio, leída, y meditada atentamente, es una raiz fecunda que produce innumerables virtudes.

Esta vida saca de en medio de las fiestas profanas de Roma, à las Paulas, las Marcelas, y las Sophronías: Roma vé con admiracion un milagro de Antonio, aun mucho mayor que todos los demás milagros; y es, que solo con leer su vida, un sexo criado entre las delicias de la Corte, se entrega à la meditacion, reconoce sus errores, abandona el mundo, y se convierte en edificacion de la Iglesia.

La vida de Antonio introduce el terror, y el espanto en aquella Corte politica, y sanguinaria, à la que no havian llegado todavia los rayos de San Ambrosio: hablo de la Corte de Theodosio; en ella las virtudes de Antonio convierten al Cortesano en humilde Religioso, mudan la relajacion en fervor, las diversiones en penitencia, y la soberbia en humildad: la leccion de un solo libro produce innumerables milagros.

Entre estos milagros hay uno, que excede à todos los demás, y fue la feliz conversion de San Agustin. Si San Estevan no huviera orado, no tendria la Iglesia un San Pablo, dice un Santo Padre; *Si Stephanus non orasset, Paulum Ecclesia non haberet*: y yo me atrevo à decir, que sin el exemplo de Antonio, acaso no celebraria la Iglesia à San Agustin: adornese, pues, el retrato de Antonio con todos los trofeos que Augustino consagró à la ver-

dad: y asi, à la exemplar vida de San Antonio, debe la gracia, su Panegyrista, y su Doctór: la Religion su defensor, y apologista; la fé Catolica, el destruidor de todas las heregias, el oraculo de los sabios, el alma de los Concilios, la antorcha de la Iglesia, y el Heroe de todas las ciencias, y de todas las virtudes: despues de Dios, debemos dar las gracias à San Antonio, por haver dispuesto, y casi perfeccionado la conversion de Augustino, y esto consta del mismo Augustino, ¿qué elogios no tributa su justo agradecimiento à este ilustre modelo, cuya vida admirable le traxo al conocimiento de la verdad, y à la practica de la virtud?

A exemplo de Athanasio, y Augustino, todos los Santos Doctores han esparcido sobre el sepulcro de San Antonio las flores de la mas consumada eloquencia: registremos la sucesion de los siglos, y leeremos en San Juan Chrysostomo, que las acciones de San Antonio, son un argumento convincente à favor de la Religion Catolica contra todos los Hereges, pues ninguna secta ha producido un hombre que pueda compararse con él: su merito puede compararse con el de los Apostoles: *Antonius Apostolis proximus*: San Geronimo le representa, como instaurador, y gloria de la vida Cenobitica: *Solitudinis illustrator*. San Gregorio Nacianzeno llama trueno à su voz: *Vox tonitruí*, y compara su vida al relampago: *Vita fulgur*: el Damasceno dice que sus virtudes se formaron imitadoras, hasta en las partes mas remotas de la India: *Usque ad Indiarum gentes*. Antonio, añade San Pedro Chrysologo, parece que antes de su muerte, ya estaba

libre del cuerpo mortal, y que habitaba mas en el Cielo, que en la tierra: *Carnali pondere defecatus*: San. Efren le llama uno de los principales defensores de la fé de Nicea: *Inter præcipuos fidei Nicenæ assertores.*

Pudiera referir aqui tambien las alabanzas que sucesivamente han consagrado à la gloria de Antonio los Theodoretos, los Casianos, los Anselmos, los Gregorios de Tours, los Vicentes de Lerins, los Cesares de Arles, los Pedros de Clugni, los Hugos de San Víctor, los Buenaventuras, los Baronios, &c. pudiera con estas alabanzas confirmar la prueba de que desde su muerte hasta nuestros dias, se ha perpetuado la fama de San Antonio; pero todavia hay otros argumentos mas fuertes, con los que pondré fin à este elogio.

Estos argumentos son la antigüedad, la universalidad, y la perpetuidad de su culto: la festividad de San Antonio há mas de mil y quatrocientos años que se celebra en la Iglesia: en el siglo quarto, quando todavia se ignoraba el lugar en donde descansaban sus sagrados huesos, ya se tributaban à su memoria los públicos honores, que no se podian dar à sus cenizas.

San Athanasio vió empezar en Egypto éstos honores públicos, y los consagró con su aprobacion: luego que estuvieron confirmados por San Athanasio, los adoptaron todos los Obispos: inmediatamente la Syria, y la Palestina, le levantaron Altares, y tributaron respetos: apenas empieza el quinto siglo, quando las Iglesias de Grecia imitan à las de Egypto, Syria, y Palestina. El dia consagrado à

su memoria, es dia privilegiado en todo el Imperio: en este dia se suspenden en todo el Imperio las obras serviles, se cierra el santuario de la justicia, y no se dá lugar al Comercio: y aun bajo el dominio de los Musulmanes, conservan los Griego-Scismaticos esta costumbre: el culto de Antonio florece hasta en el seno del error, y de la infidelidad.

Aunque este culto tardó mas en introducirse en la Iglesia Latina, no por eso fue menos célebre: es verdad, que en tiempo de San Geronimo, S. Agustín, y San Gregorio el Magno, no le havia autorizado Roma; en aquel tiempo no havia en la Iglesia Romana Templo alguno con la invocacion de San Antonio; pero ya tenia Antonio Altares en todos los corazones: ya estaba en posesion de aquellos secretos respetos que inspira la confianza, que acredita la autoridad, y que bajo la proteccion de las leyes, reciben nuevo lustre con la publicidad.

Luego que se hizo público el culto de Antonio, se extendió en Italia, Francia, Inglaterra, y España: de España pasó à Flandes, à Alemania, à Polonia, y Lorena: se multiplican los Templos, y con ellos las festividades à nuestro Santo: en el Pontificado de Paulo III. y en el de San Pio V. recibe Antonio nuevos honores en la Iglesia; y su culto solo tendrá fin quando el mundo.

A la solemnidad de su culto, se añade la virtud poderosa de sus cenizas: oh, cenizas de Antonio, ocultas à la vista de los hombres, por espacio de dos siglos, qual feliz suceso os manifiesta à sus ansias! No permite la Providencia, que el cuerpo de un Santo tan conocido en todo el universo, esté mas tiempo

po oculto en el seno de la tierra : era justo que las preciosas reliquias de Antonio participasen tambien de su gloria.

Ya llegó el dia en que la tierra debe restituir á la Iglesia el piadoso deposito que en sí oculta : un milagro descubre el cuerpo del santo Solitario : ¡oh, Ciudad dichosa, ¡feliz Alexandria, que merecistes tener dos veces dentro de tus murallas á Antonio, mientras vivia, á tí te corresponde la gloria de colocar en tus Templos los venerables despojos de Antonio despues de su muerte : por este tiempo gobernaba el Imperio de Oriente Justiniano II. Este religioso Principe, miró como dia el mas feliz de su reynado, aquel en que la Iglesia se enriqueció con este tesoro : Ministros de Jesu-Christo, y vosotros Pueblos fieles, ¡quál fue vuestra alegría, quando recibisteis este singular beneficio del Cielo ! ¡Con cuánta confianza invocabais el poderoso nombre de vuestro amado protector ! Le implorabais en vuestras desgracias, y cesaban éstas inmediatamente : le tributabais honores, y él os pagaba con milagros : defendisteis con valor sus Altares, y él defendió vuestros muros.

Los muros de Alexandria derrivados ; Alexandria hecha presa de un pueblo barbaro, belicoso, conquistador, sectario de Mahoma, y todo Egipto reducido á la dura esclavitud de los Sarracenos, es la epoca que nos acuerda una revolucion singular para las cenizas de Antonio. En tiempo de aquella sangrienta guerra, quando los habitantes de Egipto abandonaban su patria, huyendo de los Conquistadores, los vimos marchar por entre las olas de la mar,

mar, cargados con las reliquias de Antonio, para buscarlas asilo seguro en otros países : llevan á tierras estrañas aquellos respetables huesos, sacando de Egipto esta riqueza aun mucho mas poderosa que su Nilo : pero la Providencia havia dispuesto que fuesen colocadas en una Ciudad, en donde el nombre de Antonio havia sido célebre desde su nacimiento : Constantinopla havia heredado el respeto de Constantino á San Antonio. La translacion de sus cenizas añade nuevo resplandor á la solemnidad de su culto : recompensa el Cielo esta solemnidad con infinitos prodigios, cuyo curso no pudo detener el Mahometismo triunfante, y duró hasta el instante en que el cuerpo de Antonio fue trasladado solemnemente de Constantinopla á Francia.

Acordaos, Señores, de los ultimos años del siglo decimo, tiempo en que se dexó ver un hombre atrevido en sus ideas, pero prudente en convinarlas ; un hombre cuyos fines eran piadosos, que se hallaba autorizado con la nobleza de su nacimiento, y que fiaba de su eloquencia el buen exito de sus empresas. Hablo de Josellint Allemant, rama de los Condes de Potiers, de la augusta casa de Turenna. El fervor de su espiritu le llevó desde las Montañas del Delfinado al Calvario, del Calvario pasó á Constantinopla, y alli alcanzó de un Emperador, que sin duda no contaba entre los tesoros, las reliquias, el permiso de enriquecer la Francia con las de San Antonio. La Provincia de Viena recibe agradecida el presente de que se despoja Joselino á favor suyo. Levanta un Templo, digno de la memoria de Antonio ; y los honores que en él se le tribu-

tan

tan son tan antiguos como los milagros con que Dios honra continuamente en él la memoria de su Siervo.

La Europa padecía entonces un cruel azote, contra el que eran ya inútiles todos los remedios del arte: un fuego, cuyo vivo ardor imitaba la actividad de las eternas llamas, sacrificaba casi todas las víctimas que hería: en estas tristes circunstancias, hizo el cuerpo de Antonio lo que en otras ocasiones havia hecho la sombra de San Pedro: à este cuerpo concedió Dios la gracia, como dice Santo Tomás, de apagar hasta las menores pavesas de un fuego salido del Infierno, y à quien la pública supersticion llamó *Fuego Sagrado: Datum est illi patrocinari ad ignem infernalem.*

De aquí tuvo principio la ilustre Orden, que bajo la advocacion de San Antonio, adorna, enriquece, y edifica la Iglesia: al poder de Antonio debe este Orden su establecimiento; sus progresos à los generosos cuidados de sus individuos; su fama à su exemplarísimo zelo; y su perpetuidad al constante fervor con que instruye, y edifica.

Y así, en esta piadosa Congregacion de Ministros fieles del Altísimo, se perpetúa la gloria de San Antonio por estar revestidos de su nombre, y la de San Agustín, porque observan su regla: en ella se perpetúa la meditacion del primero, y el zelo del segundo; se perpetúa la penitencia del Solitario, y la sabiduria del Doctor, el amor de ambos à la verdad, y el zelo de la honra de la Iglesia, y de la Religion.

De este modo, desde la muerte de San Antonio

has-

hasta nuestros días, se mantiene, y se aumenta su fama: esta ha resplandecido en todos los siglos, sin que se haya eclipsado ni un solo instante: ò por mejor decir, la fama de Antonio ha sido siempre en la Iglesia el norte por donde se han gobernado los Angeles de los desiertos.

Antonio es el modelo que se propone Benito en el retiro de Sublac, Juan Gualberto en la Hermita de Valleumbrosa, Rumualdo en los Valles del Apennino, Bruno en las montañas de la Cartuja, Bernardo en los bosques de Claravalle, Felix de Valois en los de Galvese, Francisco de Asis en el desierto de Perusa, Francisco de Paula entre las rocas de Calabria, y otros infinitos, que sería molestia referirlos: y así, aun habiendo pasado catorce siglos despues de su muerte, parece que todavía vive Antonio, pues goza de la mayor reputacion.

Su fama ha sido siempre tan grande en la Iglesia, que los Padres congregados en el Concilio de Constancia, encargaron al famoso Gerson pronunciasse el Panegyrico de nuestro Santo; y todos, despues de haverle oído, y admirado, exclamaron con él: *Quot miraculis in vita, tot post mortem beneficiis refulsit Antonius*: tantos son los favores que hace Antonio despues de su muerte, como los milagros que obró durante su vida.

Es tan célebre en la Iglesia la fama de Antonio, que en el pasado siglo, el Quietismo, heregia la mas sutil de todas, quiso valerse de una maxima de Antonio para disfrazar su error: *No es verdadera la oracion del Solitario*, decia San Antonio, *quando éste se conoce à sí mismo, y conoce su*

oracion. Oh, error sobervio, no intentes aprovechar de esta maxima, exclama el sapientísimo Bosuet: à esta maxima, añade, la llama Casiano, sentencia, mas divina que humana: Antonio, que quando veía salir por la mañana la luz del Sol, decía, llevado de su fervor: *Job, Sol! ¿por qué vienes à turbarme?* no podia menos de saber que oraba: la conducta de Antonio justifica su doctrina; y el respeto que se ha merecido por espacio de mil y quatrocientos años, le defiende contra las falsedades que le quieren imputar los sequaces de las novedades profanas: Antonio, despues de haver vivido mereciendo un siglo entero en la Iglesia, goza en ella de quince siglos de fama sin interrupcion.

Oh, hombres imprudentes! que juzgais de San Antonio por los escandalosos principios de la incredulidad, y del libertinage, me parece que os le he dado à conocer, y que teneis suficiente motivo para admirarle: *Videte contemptores, & admiramini*: le haveis visto exercitandose en el fervor, sin la menor relajacion, por espacio de un siglo entero; y esto es una gran leccion para vosotros, à quienes asus ta un solo dia de penitencia: haciendo por espacio de un siglo entero los mayores servicios, sin el menor interés; y esto es para vosotros de grande confusion, pues acaso en una larga vida no habeis empleado un solo dia con utilidad; y sufriendo por espacio de un siglo entero los mas terribles combates, lo que para vosotros es de gran confusion, pues la mas leve dificultad os acobarda: la fama de Antonio empieza en el tiempo de su vida; y Vosotros parece que solamente vivís para per-

der

der la que pudierais adquirir: la fama de Antonio se aumenta con su muerte, y la vuestra perece con vosotros: la fama de Antonio se perpetúa desde su muerte hasta nuestros tiempos; pero la vuestra, si acaso subsiste, será solamente para que pase à la posteridad la historia de vuestros escandalos con la de vuestra vida. Ojalá las acciones de Antonio, que haveis oído referir, os inspiren un verdadero deseo de imitar sus virtudes, para que participeis de su fama en la tierra, y de su gloria en el Cielo. Amen.



M 2

SER-